

Capítulo N^o 3

La Changuita

Al ir acercándose a uno de los centros comerciales iban apareciendo otros carros, ya de por sí dos tipos grandes se fueron apurando, al observarlos se interpusieron en su camino. Muy *tomados* ambos le cruzaron el carro haciendo que este vuelque y caiga lo que habían recogido, más la rotura del bolsón de lona plástica que llevaban colgada en la parte posterior y que contenía algunas botellas de vidrio.

—Ya vo te dije a vo que no te quería ver aquí. Telodije, tevoamatá.

El tipo se acercaba de forma violenta y amenazante con una barreta en la mano, el otro atrás sosteniendo su carro pero con una cuchilla de forma paralela a la manija del carro.

El tío no respondió, mientras el Brayan levantó el carro y tomó algunas botellas sanas y otras quedaron rotas en el asfalto, subió los cartones y pudo ver un rostro que nunca había visto en su tío. Ni siquiera cuando vino la policía y se lo llevó, tampoco aquella vez que la gendarmería le tiró el ranchito porque supuestamente tenía droga, y la tenía, pero justo el Marito se la había llevado a tiempo. Un vigi que vive en el barrio le había batido la movida según el tío.

El rostro de pánico del tío indicaba que esto era muy en serio. La amenaza era real y corrían riesgo sus vidas.

Una vez dispuestos los cartones y botellas enseguida Brayan giró el carro y tomo la perpendicular, a paso vivo desaparecieron entre las sombras de los árboles que tapan las luces. Los dos matones ni se molestaron en correrlos, la calle era empedrada y ésta te rompe las muñecas.

Luego de un par de cuadras en silencio, solo el chirrido y golpes de las ruedas metálicas sin cubierta ni gomas sobre los grises adoquines. Sonido molesto para los vecinos que se encontraban en los balcones más bajos.

—Que gente desagradable. —Observó un tipo de unos cincuenta años a su mujer mientras fumaban en su balcón.

—Negros, negros, estos negros, cada vez hay más. Qué país de mierda... —Contestó resignada su mujer con la misma cara de asco.

—Mirá ahí, agarrá esas cajas. —Como si nada el tío al Brayan.

Tomó las cajas y las aplastó, al acomodarlas luego de pisarlas vió una botella de agua, la fue a tomar, la sed era mucha.

—¿Quehacé, no pelotudo, pibe. Soboludo vo, soboludo. Esa es para mojar antes de pesar.

No dijo nada, siguieron caminado.

—Mirá, ese, viene con las bendis en el carro, la jermu murió. Yo me mato bolu... —Brayan observaba.

Los hermanitos, de siete años el nene y de cinco la nena, iban en el carro sentados charlando y riendo con el padre. El pibito acomodaba cartones mientras el padre tiraba del carro igual a mula vieja. Bagayos del altiplano, cada golpe le pesaba más, pero el juego de los hijos era importante.

Pasaron por debajo de una de las autopistas, unas veinte personas que vivían bajo el puente en pequeñas carpas entre plástico, lonas viejas de camiones, sentados tomando y riendo. Mujeres con algunos pibes entre dos y siete años jugaban entre el olor fétido y alguna rata que deambulaba por allí, que ante el descuido de un par de gatos y perros que por el calor agobiante ni correrlas se molestaban.

A la vuelta una par de prostitutas y en la otra esquina travestis. En eso frena un auto grande, de lujo, con vidrios negros. Un viejo canoso y de barba muy respetable hizo subir a una de las pibas con no más de quince años.

El Brayan no decía nada, solo observaba y aprendía.

—¡Chulaaaaaaa.....! le grita el tío levantando la mano a una mujer vieja y rebosante de kilos sentada dentro de una carpa que regenteaba a las chicas.

—Caachitooooo, hace mucho que no pasá...

Ambos rieron y el tío continuó caminando.

—Mandame al pibito ese que le doy. Jajajajaja, se me hace agua che... —
—La vieja.

—jajajaja, vieja loca... —El tío.

—Una vieja novia, le comenta en tono de complicidad al Brayan.

—Che tío. ¿Por qué el agua?

—Ta boludo, lo remojá y pesa má. ¿Entendé...?

Otra lección, iba aprendiendo el negocio de este emprendimiento nacional que comenzó allá por los años treinta con los botelleros y hoy evolucionó en cartoneros de alta gama y tecnología de punta. Altamente ecológico y más que nada rentable... para las empresas papeleras...

Luego de varias cuadras se acercaron nuevamente a la avenida y con mucho cuidado, ahí el tío observo expectante que no estuvieran los del peaje, un par de muchachos que tenían monopolizada la avenida más comercial.

De pronto se escucharon un par de gritos, eran dos de la competencia que se habían tomado de puños. Golpe va y golpe viene, bastante alcoholizados y drogados de pronto uno le pegó al otro y este cayó al piso, el que quedó de pie tomó una botella y se la partió en la cabeza. En el piso desmayado chorreando sangre de la cabeza.

Los tres carros que se encontraban observando el espectáculo corrieron hacia los cuatro puntos cardinales, tieso el tipo tendido en la calle mientras otro le pegó una patada en la cabeza y tomó su carro y comenzó a caminar rápido hacia una de las esquinas.

El tío apresuro el paso.

—Rajemos que lo vecino llaman a la yuta y se pudre todo.

No habían llegado a la otra esquina que se escuchó un patrullero.

—¿Qué te dije? La concha de la madre. Apurate pendejo. ¿No ve que nos agarran a todos y se repudre?

Brayan apuraba el paso pero el carro estaba pesado, pese a que el tío se había puesto junto a él y tiraban de forma paralela.

Luego de recorrer varias cuadras a eso de la una de la mañana emprendieron la vuelta, cansado y transpirado, las ampollas de las manos se le habían roto y la carne viva en rojo ardía contra el caño que hacía de travesaño y apoyaba contra su pecho. Ahora el tío caminaba a su lado y en una actitud aburguesada de patrón hacia su operario en negro, lo apuraba y mangoneaba. En pocas horas de trabajo el negocio ya tenía patrón y operario, viva muestra de la rapidez y avance de la burguesía sobre el proletariado.

La luna impávida iluminaba las calles más oscuras junto a la vía del ferrocarril, muda testigo junto a las estrellas de un trabajo jamás reconocido.

—¡Vamo che, vamo, vamo apurete loco que si llegamos tarde no pesamos hasta la doce!

Unas cuadras antes de llegar al depósito mojó los cartones con el agua que llevaba en la botella. Quién recibía la mercadería era un hombre grande, morocho de barba y su comercio era un ranchito en una esquina, un intermediario dentro de un barrio pobre bonaerense a no más de treinta cuadras de la villa del Brayan.

No podía ir a la fábrica porque abría a las ocho de la mañana y quedaba a dos horas de caminata ligera, y relación costo beneficio no era conveniente, además en la fábrica no le aceptaban el cartón mojado.

Este le pagaba menos pero le recibía el cartón desde las doce de la noche hasta las doce del mediodía, además recibía las botellas plásticas y de vidrio más algunos metales, sobre todo el aluminio y cobre eran muy preciados.

—¡Che gordo! —Sale el hombre morocho y obeso.

—Dame agua pa tomar.

—No es grati loco, ya me debe...

La fila se fue formando rápido detrás de ellos. Pesaron todo, mientras un pibe de unos doce años, hijo y empleado del gerente, acomodaba cartones, plástico, vidrio y metales. En aparente desprolijidad todo estaba debidamente seleccionado entre mugre y barro negro. Todos trabajando de lo que pueden, de lo que consiguen, sin que faltara un conductor desprevenido que pasaba por la esquina el cual su domicilio era a no más de tres cuadras que les gritaba “negros vagos de mierda, la mugre que es este lugar...”.

El hombre obeso le pagó en efectivo, casi no hubo diálogo entre productor e intermediario, el Brayan miraba a su tío esperando su parte.

El tío se dio cuenta, no quería pagarle pero le tiro uno pesos, tanto como para comprar un kilo de milanesa hecha, porque a la madre no le gustaba

empanar las milanesas y Brayan no quería que la hermana las preparara para el otro día antes de irse a trabajar.

Llego a su casa a las cinco de la mañana extenuado, se ducho con su calefón eléctrico que por el calor ni hacía falta enchufarlo, el tanque de agua pequeño dispuesto a la altura de dos metros apoyado sobre la esquina del ángulo de dos paredes sobre el mismo techo impedía que se volara las chapas con el viento.

Se desplomó en la cama y su hermanastra tuvo que zamarrearlo para que se levante y vaya a la escuela, el Carlos ni se había enterado, pues cuando llegó ya estaba durmiendo y cuando se despertó Brayan ya se había ido a trabajar.

Llego tarde a la escuela, lo retaron y le pusieron media falta.

—Estoy trabajando prece.

—Pasate a la noche.

—Pero trabajo de noche...

—No le contestó.

—Chicos posiblemente se suspendan las clases y se dicten por internet con las computadoras.

—Las computadoras se habían entregado durante unos años, pero los últimos cuatro ya no, por lo tanto habría que esperar que este gobierno las vuelva a entregar, o no...

De las que recibieron sus hermanos una se la robaron, otra se les rompió y la otra la madre se la vendió.

—Necesito una compu le dice al Ferchu.

—Yo no tengo, pero mi hermana sí. Con un celu es lo mismo bolu. —El Ferchu.

—Un celu... —Repite el Brayan.

—Yo te lo presto. Veni a casa.

—Yo tuve una, pero se le rompió a mi hermana. —Dice Colo—. Era de mi hermana, se la habían dado en la escuela pero la usábamos todos.

—Conchasumadre, boludo. Mi vieja ni cabida, tomatelá.... —Brayan.

—Marito te consigue una, a la Patri de la vuelta le vendió una nueva. —El Colo.

De regreso a su casa luego del colegio al ir llegando al pasillo vió al Marito como siempre en el mismo lugar. Esta vez no se había detenido el patrullero, era el Volkswagen viejo de uno de los médicos de la posta sanitaria que está a media cuadra del colegio primario. Luego de la compra continuó su camino hacia el fondo, aprovecho el Brayan para acercarse. No sabía cómo encararlo, iba preparando la pregunta y un par de respuestas según este le dijera algo inesperado.

—¿Quehacé to piola?

Marito no le contestó, solo lo miró y le pegó una pitada al porro.

—¿Vosabé si vendé celu que tiene compu?

—¿Quedecí pendejo, rescatate, nosabé hablar vo? ¿Celu o compu?

—Un celu que me sirva pa la escuela.

—Caro, muy caro, bolú, para eso.

Mientras hablaba pasó el tío por atrás, traía del laso un viejo matungo alazán a paso lento y arrastrando las patas.

—Vo vení a la noche y hablamos con el Chungo a ver que hay.

El tío vió al Brayan, esperó que terminara de hablar con el Marito, y antes que encarase el pasillo lo llamó.

—¡Che, Brayan, vení!

—Va, ya voy. —Y le agregó al Marito—. Pero yo no quiero quilombo. Yo trabajo... —Mirando al Marito.

—Andá tomatelá. Con el viejo de tu tío. Andá limpiar vidrio al semáforo...

No dijo nada y fue lento hacia el tío.

—¿Qué hace con ese?, te va mete en quilombo.

—Naaaa.

Y se fue a su casa mientras pensaba que también podría ponerse a limpiar vidrios en el semáforo. Pero ahí estaba el loquito del 14 y ni cabida que te daba, apenas se acercase le rompería la cara como le pasó al Michi.

Pinta limpia vidrio y estampita meditó, se sonrió mientras caminaba. El pibe era todo un emprendedor, dos en uno, limpieza de parabrisas más entrega de estampita de S. Cayetano, no se podrían negar a un billete.

Al llegar a su casa estaba la madre esperando en la puerta.

—Che vooo. ¿vosabé si tu hermana cobró la del plan ese? ¿Vonotené plan en tu escuela, porque a vo te dan tarjeta no? ¿Votene plan? Che a vo tarado. ¿Me escuchaste, tené o no tené plan vo por ir a la escuela esa? Pelotudo...

El brayan como si no escuchara con la cabeza baja la miró.

—No se ma...

—Nosenosenosenosé... Tarado, pero que tipo estúpido. Preguntá etúpido, o no sabé preguntar...

—Pensó rápido, no la quería escuchar, cada palabra era un tajo, una herida que le vertían limón. Basta, basta, basta pensaba, no la soporto más.

—Ya le pregunte a la Moni, ella va ir mañana.

Mentira, no le había preguntado nada, pero lo haría. Fue lo único que se le ocurrió para que lo dejara de hostigar. Su hermanita acostada como todos los medios días desde la cama marinera de arriba lo observaba, sus gestos, su actitud, sus manos cerradas, los puños. Miraba para abajo, respiraba profundo y a ella le pasaba lo mismo. Como si estuvieran conectados, como si fuera el mismo organismo sentía su pesar, su bronca y como el odio iba creciendo.

A la nohecita estaba inquieto, tenía que ir a trabajar con el tío pero antes quería hablar con el Chungo.

En eso ve al tío.

—Hoy Brayan, hoy salimos más tarde porque con el Mingo no podemos entrar a la capi.

—¿Mingo se llama...? Brayan sonrió. Y se quedó pensando por que no podían entrar a CABA con el caballo. Este atraso le venía estupendo, podría hablar tranquilo con el Chungo y Marito.

En eso vienen juntos.

Ambos se pararon frente al pibe, ni palabra.

—Necesito un celu para la escuela.

A las doce salimos, te venimos a buscar.

—¿Pero mi tío?

—Después lo cruzamos y te dejamos en el carro.

Ahora sí, había conseguido otro trabajo...

Continurá.

Todos los derechos reservados. Quedan totalmente prohibida la reproducción parcial o total de este libro, o de sus imágenes, o de su incorporación a cualquier sistema informático, o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otro medio sin el permiso previo por escrito del titular del copyright. (Derechos de autor). Número de registro Ex-2021-06232522- -APN-DNDA#MJ

Este relato mensual de doce capítulos es solo una ficción, cualquier parecido con la realidad de hechos o personajes es pura coincidencia.